



había hecho él para impedir esta deplorable sumisión? (1). Ahora todavía se despierta el entusiasmo ante el ilustre nombre de Anibal, genio gigantesco que tan largo tiempo lucha contra la suerte de Roma y la hace balancear. ¿Quién no admirará con el más ilustre capitán de los tiempos modernos al verdadero héroe de los tiempos antiguos, el más audaz y el más admirable de todos, tan atrevido, tan valiente, tan grande en todo, que á los veintiseis años concibe lo que apenas es concebible, ejecuta lo que debía tenerse por imposible, que renunciando á su país atraviesa pueblos enemigos ó desconocidos que es necesario atacar y vencer, escala los Pirineos y los Alpes, que se creían inaccesibles, y no desciende á Italia sino pagando con la mitad de su ejército la única adquisición de su campo de batalla, el único derecho de combatir, que recorre, ocupa y gobierna esta misma Italia durante diez y seis años, coloca muchas veces á la terrible y formidable Roma cerca de su ruina y no deja su presa sino cuando aprovecha la lección que él ha dado de ir á combatirle en su propia casa? (2).

Contéplese este rostro tostado por el sol de África, desfigurado por los pantanos de Clusiun, y al que los romanos no se atrevían á mirar cara á cara. Sígase á este imperturbable capitán en sus largos y rápidos caminos, á través de sus golpes de mano y de sus pequeñas emboscadas y pasmosas victorias. Júzguesele sobre este terreno, del cual es siempre dueño, observando al enemigo ó en medio de sus soldados de diversas naciones, unidas por su único ascendiente, que podían muy bien abandonarle por cansancio, pero que no conocían la murmuración ni la sedición, á los cuales daba

(1) Tito Livio, l. XXX.

(2) Memorial de Santa Elena, 14 Noviembre, 1816. Es un admirable homenaje el que Bonaparte tributa á Anibal.

el ejemplo de una vida sobria, sin buscar la gloria personal, sin otros placeres que sus meditaciones, sin otros sentimientos que su odio á la ambición romana, su invencible voluntad de destruir su imperio; y al fin su incalificable desden de tantos pueblos y reyes que se obstinaban en no comprenderle para entregarse ellos mismos al yugo (1).

Ha acabado su papel este grande Anibal, y ¿sería esto decir que renunciaba á proseguir lo que ha buscado con tanta fatiga y genio? Despues de todo, sin duda no tenía ya nada que hacer para su propia gloria, á la cual no había faltado largo tiempo sino el sello de la desgracia. Pero, ¿qué importaba su gloria? Anibal dirigía sus miradas á más elevados horizontes, y si había querido cortar al águila sus alas, es porque ignoraba de qué manera iba á remontarse y tomar su vuelo. Así, pues, no se piense que el hijo de Amilcar abandona la lucha. Él basta en Cartago, en ella reina y la gobierna, y pone á esta ciudad, desarmada por la derrota de Zama, en estado de defenderse por sí misma. Pero ha reconocido que Cartago es muy débil campeón en la querrela del mundo.

Pero no, es necesario arrojar estos sueños y este prestigio de un momento; todo este vano fantasma cae á los piés del gigante que la mano de Dios eleva y protege. La Providencia, que quería unir al mundo antiguo el mundo futuro por la unidad de una vasta dominación, parecía haber únicamente suscitado á este hombre extraordinario para dar á entender que no se podía destruir á Roma, puesto que Anibal no lo había hecho (2). La fuerza humana se rompe y destruye contra los destinos eternos.

(1) Dumont, *Historia romana*. Léanse estas bellas páginas (c. VII del periodo I) en su rápida é interesante *Historia romana*.

(2) Dumont, (c. VIII, segundo periodo).

## CAPÍTULO XII

Mundo Occidental.—La conquista romana y las discordias civiles.—Roma despues de la batalla de Zama.—Estado interior de Roma.

¿Qué era de Roma despues de la victoria de Zama? ¿Qué era de Italia? ¿Qué de la ciudad? La conquista de Italia está asegurada á partir de esta época. Nadie vendrá á disputar á Roma la península. Al llegar Anibal con su núcleo de mercenarios, había reunido en Canas las fuerzas disponibles de los italianos que pensaban todavía en la independéncia. Italia, á su voz, había hecho un último esfuerzo para sublevarse; cuando la faltó su apoyo, volvió á caer para siempre, y sólo algunas postreras convulsiones cambiaron su suerte.

Y desde entonces la condición de los vencidos fué dura. Los aliados, los asociados, *socii*, se doblegaban también bajo los impuestos de hombres y de dinero, y para huir de las vejaciones y de las extorsiones pecuniarias, no tenían otro remedio que introducirse fraudulentamente en la ciudad ó en las colonias; pero se les arrojó de ellas en muchas ocasiones.

Había allí además otra tiranía horrenda y cruel. En las prefecturas era muy frecuente que tal ó cual pretor se enriqueciese escandalosamente por las exacciones, el robo y el sacri-

legio, y que tal otro diese muerte á 70 senadores, sin contar los hombres libres (1).

El sistema de la dominación romana descansaba en dos principios: el establecimiento de colonias en medio del territorio conquistado, y despues la división de las ciudades y de los intereses particulares. Las colonias, la progenitura romana, *propagatio romana*, la familia de Roma, eran otras tantas pequeñas ciudades, del mismo modo que la gran ciudad, agrupadas al rededor de ella. El colono no podía ya volver á entrar en la ciudad como ciudadano, pero le quedaba siempre unida por lazos estrechos de obediencia y de protección, y encontraba en los cargos locales del pequeño Estado en que estaba comprendido el reflejo de la magistratura de la patria (2).

Al rededor de estos centros de influencia ro-

(1) Tal fué Popilio entre los prenestinos, Fulvio entre los brucios, etc.; Tito Livio, l. XLII.

(2) Dumont, *Historia romana* (primer periodo, capítulo VI); Adam, *Antigüedades romanas*; Rosin, *Antigüedades romanas*.





mana, no se ve ninguna influencia contraria de nacionalidad y de Estado, sino subdivisiones y categorías de ciudades y de hombres que rompían toda union parcial y abdicaban todo en la unidad general. Y en efecto, ¿qué union podia establecerse entre estas ciudades diversas por su suerte y envidiosas las unas de las otras; unas *prefecturas*, es decir, sometidas y administradas á voluntad de un pretor civil; otras *municipios*, conservando en algun modo sus leyes y su gobierno? (1).

¿Qué comunidad de esfuerzos podia haber entre estos hombres clasificados por rangos de *súbditos* en las prefecturas, de *aliados* en ciertos municipios, de hombres de *derecho itálico* acá, y de *derecho latino* acullá? Algunas veces se llegó áun hasta conceder el derecho romano á algunas ciudades, la cualidad de ciudadanos á algunos aliados, pero siempre, es verdad, sin valor alguno. Entre intereses tan encontrados, no habia coalicion posible.

Se concibe que en Roma aumentase el número de tribus por la agregacion de nuevos ciudadanos; el número de tribus se elevó á 35, y nunca se extendió á más. Como la poblacion habia llegado á ser tan considerable, complicaba los obstáculos de la administracion de justicia; el pretor estuvo siempre encargado de los asuntos de la ciudad; fué el *pretor urbano*; pero luégo se le agregó un colega, el *pretor de los extranjeros*, que tambien mandaba los ejércitos.

El senado dirigia toda la administracion, y aunque los plebeyos desempeñasen todos los cargos, apoyado por una nueva aristocracia, por la aristocracia de los *hombres nuevos*, de los plebeyos ricos, que tan pronto como conseguian honores ya no pensaban más en el pueblo, él continuaba ordenándolo y gobernándolo todo. Los Fabricios y los Catones figuran al lado de las antiguas familias de los Apios y Fabios. El senado, formado de esta manera y compuesto de estos elementos, conquistará el mundo (2).

Era necesario, para resistir á las rudas po-

(1) Festo, en las palabras: *Prefectura, municipium*.

(2) M. Dumont, *Historia romana*.

blaciones del Latiu n, de la Sabinia y del Samnium, á los grandes ejércitos de la Etruria, á los disciplinados soldados y á los elefantes de Pirro, y finalmente, al genio de Aníbal, que trasformaba en héroes á los númidas y á los mercenarios, un carácter cruel, severo, inquebrantable. La *virtud romana*, no una virtud moral, si que una virtud de fuerza, llena de perfidia y de crueldad, estaba caracterizada por una constancia, en que no puede ménos de reconocerse algo sobrehumano. Esta virtud inflexible apareció en los peligros y se conservó con dignidad; puede, sin embargo, debilitarse, pero entónces sólo tendrá que habérselas con enemigos muelles y afeminados. ¿Qué importa que el móvil se enerve con el lujo y los vicios afeminados? Siempre será bastante poderosa para aquellos sobre quienes debe pesar; y, por otra parte, era necesario que los romanos reuniesen, no solamente todas las naciones, si que tambien todos los vicios y todas las pasiones en Roma.

Al presente habia guerra en todas partes. España y la Cisalpina protestaban todavia; pero fueron vencidas, y aunque intentaron várias veces sacudir el yugo extranjero, nunca lo consiguieron (200).

La Grecia debia ser sometida á su vez. El camino hasta el norte de la Hélade estaba abierto por la Istria y la Iliria; las hostilidades empezaron contra la Macedonia. Filipo, en efecto, habia atacado á los *aliados* de los romanos, Atalo y Ródas, y rodeaba sus fronteras de una serie de plazas fuertes tomadas á sus enemigos; además habia enviado 4.000 macedonios en auxilio de Aníbal, que desembarcaron en Leptis. La política romana escogió el momento de la venganza.

El senado contaba con Pérgamo, los rodios, la Numidia y Cartago; tenia un partido en Grecia, y no en balde habia comprado á todos los que querian venderse, tales como Carops en el Epiro, Dinocrates en Mesenia, Dicearco en Beocia y cinco demirugos (1) en la Acaya. Los ilirios, espartanos, atenienses y mesenios cayeron en el lazo que se les tendió, ofreciéndoles

(1) Jefes del pueblo.



en perspectiva los despojos de la Macedonia.

Filipo se vió atacado por todas partes (198); el cónsul Sulpicio, entrando en Macedonia despues del triunfo del Lico, de Ataco y de Octolof, probó desde luégo que la Macedonia no era inexpuntable por sí misma, y que los baluartes de sus montañas debian ser defendidos por numerosos soldados. Estaba reservado á un discípulo de Marcelo, al patricio Flaminio, que hablaba el griego con pureza, obligar á Filipo á pactar. No se trataba todavia de conquistar el territorio macedónico; los romanos no habian podido permanecer en él. En la batalla de Cinoscéfalas en Tesalia, la espada española, adoptada por los soldados de Flaminio, llenó de espanto á los auxiliares griegos; la falange desordenada por los elefantes, dividida por las asperezas del terreno y las colinas, estas *cabezas de perros*, no pudo maniobrar (197). Filipo quemó sus naves, dió en rehenes á sus hijos, pagó contribucion y abandonó la Grecia (1). Macedonia y Grecia quedaron separadas.

La prudencia romana iba allanándose el camino; pero era necesario aún introducir la division entre los mismos griegos. Solamente los etolios, á quienes se debió el triunfo de Cinoscéfalas, sospecharon de la política del senado por su ingratitud. Pero toda la Grecia, reunida en los Juegos Ístmicos, saludó con frenéticos aplausos al libertador Flaminio cuando el heraldo, á nombre del senado, del pueblo romano y del pretor, proclamó la libertad de todas las ciudades griegas.

El delirio que sintieron por este acontecimiento no les permitia conocer el peligro ni ver que la independecia vale poco cuando se recibe como un favor, y es un extranjero el que la concede (196).

Lo cual prueba que la ambicion romana trabajaba por cuenta propia, y que Flaminio, despues de haber destruido el poder de la Grecia introduciendo en ella la division, comienza á humillar y abatir á cuantos individualmente podian hacerle oposicion. Humilla al tirano de Esparta, Nabis, sin destruirle, abate y provoca

(1) Tito Livio, l. XXXIII; Plutarco, *Vida de Flaminio*.

la vanidad etolia, y emplea la fuerza de los aqueos en las guerras de poca importancia. En todas partes Roma suscita rivalidades. Todo se le presentaba favorable.

Al mismo tiempo los cisalpinos eran vencidos, y en la sediciosa España, el antiguo lugarteniente de Escipion el Africano, Caton, sometia á todo el pais entre el Ebro y los Pirineos, despues de la gran victoria de Ampúrias y de la muerte dada á seiscientos rehenes.

Pero Aníbal, silencioso en Cartago, inspiraba un temor constante, porque no habia renunciado á la guerra y trataba de poner á su patria en estado de renovarla, restableciendo el orden y la disciplina en la ciudad, concediendo tierras á los veteranos de Canas, oponiéndose como simple magistrado á la tiranía de los ricos del partido de Hannon, á las exacciones del Senado, no ménos que á las turbulencias del partido popular.

Este fin y esta conducta no podian ser más levantados; Cartago, sin embargo, le llamó tirano; los partidarios de Hannon le denunciaron á los romanos, y por consejo del virtuoso Caton, á pesar de la generosa oposicion de Escipion, mandaron comisionados para proteger á su aliado, el intrépido Masinisa de Numidia, y pedir la extradicion de Aníbal (1). El gran capitán huyó con sus proyectos de venganza.

El Senado tuvo que arrepentirse por haberle irritado.

Macedonia no estaba oprimida; Cartago, viendo las continuas usurpaciones de Masinisa, se inclinaba á los Barcas; España no estaba dispuesta á deponer las armas; la Cisalpina se resistia contra dos cónsules, y en Roma habia un constante desórden. La Grecia misma parecia abrir los ojos, y los etolios principalmente no podian sufrir con paciencia que Flaminio les dijera: «No conoceis nada, ni los proyectos de Roma, ni mis designios, ni los intereses de la Hélade.» Ya los etolios le habian echado en cara «que habia engañado á los griegos para ponerles al cuello las cadenas que llevaban á los piés» (2); pero no pudieron conseguir apo-

(1) Plutarco, *Vida de Caton*.

(2) Plutarco, *Vida de Flaminio*.